

LA GUERRA CIVIL EN VALLADOLID (1936 – 1939). AMANECERES ENSANGRENTADOS.

Ignacio Martín Jiménez.

Editorial Ámbito. Valladolid. 2000

Si de algo no se debe renunciar a hablar es de aquello de lo que más cuesta hablar. Es más, si hay algo de lo que se debe hablar necesariamente es de aquello que más nos cuesta poner en palabras. Resulta que éste ante el que nos encontramos, es el primer libro que aborda el tema de la Guerra Civil en la ciudad de Valladolid, y lo hace desde un trabajo de investigación profundo y riguroso. Y si han tenido que pasar tantos años, sobre todo tantos años de vida democrática para que esto se produjese, es porque si a esta sociedad, a este país le cuesta hablar de algo es precisamente de ese período que forma parte de su historia más siniestra, de ese masivo y generalizado contacto con lo real que fue nuestra Guerra Civil.

Y digo nuestra, porque obras como la de Ignacio Martín Jiménez dejan al descubierto todas las olvidadas conexiones que las generaciones que no vivimos la guerra tenemos aún con ella, y consiguen remover algo (no me atrevo, aquí y ahora, a hablar de inconsciente colectivo) en lo profundo de la sociedad que analizan y a la que van dirigidos, cosa que las grandes obras de referencia sobre la Guerra Civil quizás no lleguen a lograr nunca, aunque sólo sea por su falta de proximidad con lo concreto de la violencia y la barbarie que se vivió en cada pueblo y en cada ciudad de España.

Es este, por lo tanto, un trabajo de investigación que pone en juego una abundante documentación entresacada, ante todo, de los periódicos vallisoletanos de la época, los cuáles fueron controlados desde el primer momento por los nacionales o nacionalistas (como el mismo Ignacio Martín denomina, creo que con acierto, al bando vencedor), pero también de testimonios orales y escritos de algunos protagonistas de aquellos acontecimientos. De manera que en el libro se describe el rápido control de la ciudad y de toda la provincia por parte de los sublevados, acontecimientos salpicados (lo real siempre está inevitablemente asociado a ello) por lo azaroso, por una fortuna que desde el primer momento pareció ponerse del lado de los nacionalistas; así como la vida cotidiana del Valladolid de los años de la guerra, inmerso en un proceso de violencia cotidiana que inunda absolutamente todos los rincones de la ciudad y que va más allá de la represión física del bando enemigo, pues se trata de un proceso represor que penetra profundamente en todas las clases y en todos los hogares y aspectos de la vida cotidiana de la ciudad, mediante una violencia ideológica a la que los vencedores dan el nombre de *Nuevo Espiritu*. Se describen, incluso, los escasos bombardeos realizados por la aviación republicana sobre la ciudad, y que serán, precisamente en esta guerra, los primeros casos de algo que en el desarrollo posterior del siglo XX se irá generalizando en el desarrollo de cualquier conflicto armado: los ataques indiscriminados contra la población civil.

Pero lo más difícil que hay cuando se trata de hablar de lo que más cuesta, es justamente dar los nombres, porque esos nombres, si son los precisos, son los que más de cerca tocan el núcleo duro y denso de aquello de lo que se quiere hablar. Y este libro, si hay algo que consigue es justamente dar la importancia que se debe a esos nombres. En

concreto, 394 nombres y apellidos de víctimas mortales de la brutal represión que se produjo los meses inmediatamente posteriores a la sublevación y al inmediato control de la ciudad por parte del bando fascista. 394 nombres de fusilados del bando republicano tras consejo de guerra, que dan especial densidad a todo el resto de la obra, que hacen más pertinentes y, a la vez, más creíbles los posteriores cálculos que Ignacio Martín establece sobre el número aún mayor de *paseados*, es decir, de fusilados sin previo consejo de guerra ni juicio alguno, por las llamadas *patrullas del amanecer* a las que el libro debe el subtítulo de *Amaneceres ensangrentados*.

Y es que nada hay más objetivo que esos nombres, pero a la vez nada hay que afecte más a nuestra experiencia subjetiva de seres humanos como la larga lista de nombres ciertos, seguros, verdaderos, de hombres muertos como resultado de la violencia de un enfrentamiento armado. Ignacio Martín Jiménez deja bien claro, y esta es una lección que aún estamos por aprender en España, que lo mejor que se puede hacer con las víctimas, por ellas y por nosotros, es nombrarlas. Y es precisamente de ese reguero de nombres, hasta ahora prácticamente olvidados, de donde surge el desasosiego que el libro ha producido en la ciudad de la que habla.

De ahí, y de ese reconocimiento de otros acontecimientos que se sabían, de los que se hablaba en voz baja, y que el libro documenta suficientemente y que se refieren, sobre todo, al goce colectivo y siniestro que parte de la ciudad obtiene con el espectáculo directo de la muerte, un goce que llega hasta el extremo de la instalación de un puesto de churros en el lugar de las ejecuciones, como si el vértigo de la feria fuera llevado a su más siniestro límite por un nutrido público que acudía a presenciar los fusilamientos “legales”, es decir, a gozar con la muerte no de unos hombres sin determinar, sino de los hombres que precisamente en el libro son nombrados; de esos hombres con nombres y apellidos que fueron fusilados. Y ante todo esto es, sobre todo, donde las olvidadas conexiones se activan y donde la más pura labor de la historia se pone a funcionar. Es decir, apelando directamente a nuestra subjetividad, invitándonos a hacer una experiencia de todos aquellos datos que buscan la objetividad como fin último, pero que si no nos afectan directamente como sujetos están condenados a ser tan olvidados como la historia de las que nos hablan.

Puedo asegurar que el libro de Ignacio Martín Jiménez no merece el olvido, y que debido a su metodología y su rigor a nadie deja indiferente, nadie puede enfrentarse a él desde fuera de su condición de sujeto pues es a esa condición universal a la que apela ese rigor objetivo, ese esfuerzo por dar palabras y nombres precisamente allí donde, después de tanto tiempo, todavía no los había .

José Luis Castrillón